

“CUANDO LES LLEGA EL MOMENTO DE JUBILARSE, MUCHOS DECIDEN SEGUIR TRABAJANDO CON NOSOTROS”

Eugenio Papp

Los orígenes

Nací el 24 de diciembre de 1951, en la ciudad de Buenos Aires. Mi padre, que también se llamaba Eugenio, había nacido en Hungría. Y mi madre, Margarita, era alemana. Se conocieron en la Alemania de posguerra, en una Europa destruida. Juntos decidieron embarcarse hacia el nuevo mundo y llegaron al puerto de Buenos Aires en 1948.

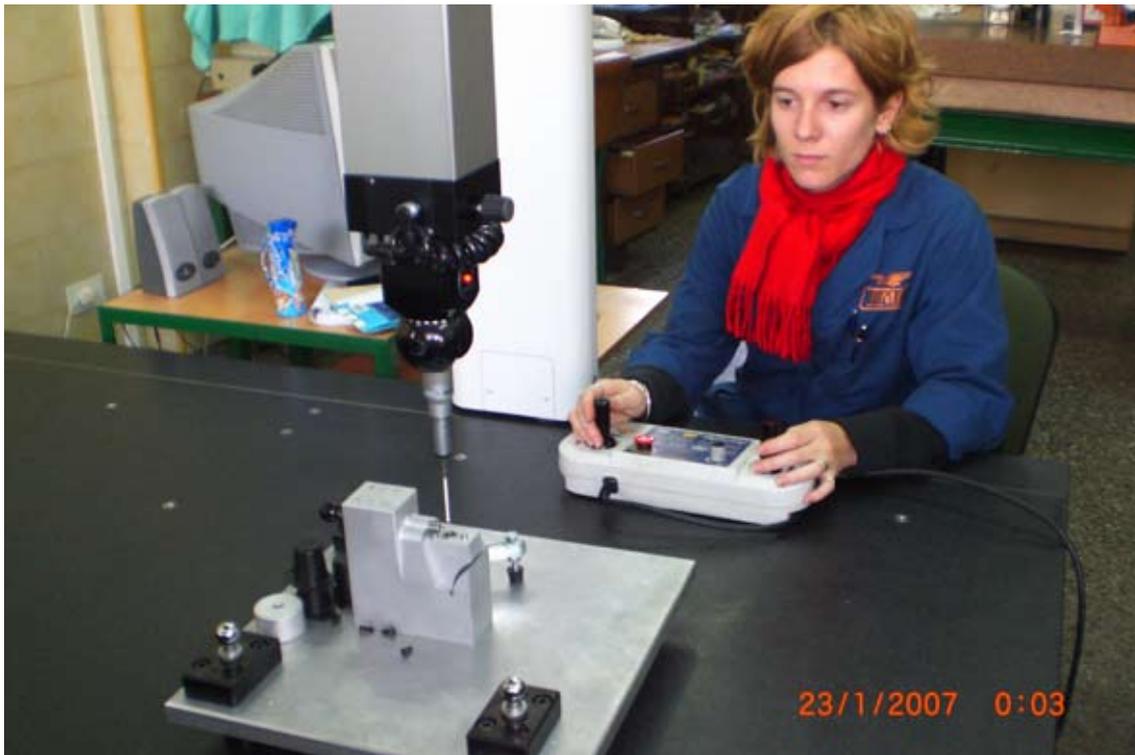
En su tierra natal, mi padre había sido un oficial de carrera en el ejército. Pero de poco le servía aquella preparación en la Argentina. Sin conocimiento del idioma, consiguió trabajo en una metalúrgica de Barracas que se dedicaba a la reparación de platos de torno, y posteriormente se pasó a un aserradero de Longchamps.

Así fue aprendiendo el oficio de taller, tanto en metal como en madera. En 1953, con un crédito del Banco de Fomento Industrial, empezó a fabricar juguetes de madera en un galponcito de Villa Ballester. Dos años después, un grave accidente de tránsito lo obligó a abandonar la empresa. Mi madre tomó la posta pero, cuando mi padre se recuperó, el negocio era demasiado pequeño. Así que decidió salir a buscar nuevas oportunidades.

Un nuevo proyecto: Turul

Aquella época de sustitución de importaciones brindaba oportunidades para gente emprendedora. En esos años, las grandes automotrices multinacionales desembarcaban en la Argentina. Mercedes Benz instaló una planta en el Gran Buenos Aires. Kaiser, en Córdoba. Haciendo una muy buena lectura de la situación del país, mi padre decidió convertirse en proveedor de la industria automotriz.

En el '56, compró un torno y una fresadora, y empezó a trabajar. Tres años después, la sociedad quedó formalizada en Turul S.R.L.. Su actividad era la venta de elementos para el mecanizado de motores y cajas de cambio.



Mi padre comenzó a llevarme a la fábrica desde que yo era muy chico. Junto con mi hermano Esteban, que nació en el '59, nos íbamos empapando de metalurgia. Mientras Turul crecía, yo cursaba la primaria en la escuela alemana Leopoldo Lugones de Villa Ballester. A los siete años, cuando nos mudamos a Martínez, me inscribieron en la Goethe. Evidentemente mi vocación estuvo muy definida desde un comienzo y cursé la secundaria en la escuela fábrica de Ford.

Un tiempo después, hice el servicio militar en la Prefectura Naval. Fue un año muy instructivo. En el cuartel, éramos todos iguales. Yo, que venía de una familia de clase media, compartía todo con jóvenes de mucho dinero, y con otros de familias muy humildes. Cuando celebrábamos, celebrábamos todos. Cuando había "baile", bailábamos todos. Fue una enseñanza que me marcó para la vida. Aprendí que, en el fondo, las personas no somos tan diferentes.

El ingreso en la empresa familiar

Entré a Turul en el '74, a dirigir la oficina técnica. De día trabajaba y de noche estudiaba Ingeniería Mecánica en la Universidad Tecnológica Nacional.

Aquellos fueron tiempos dorados tanto para Turul como para toda la industria nacional. En el '75, la Argentina fabricó 320.000 automóviles. Aquella pujanza traccionaba sobre Turul, porque generaba demanda de matrices y componentes.



Autos como el Renault 12 y el Ford Falcon se producían íntegramente con partes argentinas. Eso permitió desarrollar una potente red de proveedores de las terminales, que acompañaban el crecimiento. En el caso de Turul, desde la provisión de matrickería.

En esa época de oro, la empresa tenía unos cien empleados, que habían alcanzado un nivel de vida muy bueno. Todos los obreros tenían casa propia y auto.

La destrucción industrial

El golpe militar del '76 marcó el final de la época dorada industrial. Con la llegada de Martínez de Hoz al Ministerio de Economía, comenzó un plan sistemático de destrucción de la industria nacional, que significó el cierre de muchas terminales automotrices.

En Turul sentimos el derrumbe de la demanda, y tuvimos que aprender a sobrevivir. En lugar de pensar en tecnificarnos para aumentar la productividad, intentábamos juntar las monedas y ajustar al máximo. Empezamos a realizar tareas de mantenimiento para los ferrocarriles. La importación desenfrenada tiró a la basura un esfuerzo de muchas décadas de construcción de un tejido industrial.



La época de Martínez de Hoz fue un anuncio de lo que vendría tiempo después, durante los '90. Con la apertura económica menemista, muchas automotrices cerraron su departamento de ingeniería y comenzaron a traer todos sus insumos del exterior. En la Argentina, sólo ensamblaban.

Esto condujo a la destrucción del sistema de proveedores nacido en torno a la industria automotriz. En nuestra desesperación por buscar trabajo, con un grupo de colegas de la Cámara Argentina de Matrices y Moldes (CAMYM) viajamos a una exposición de México, para intentar abrir mercados externos. Nuestro vuelo de regreso hacía escala en Miami. Allí quedamos impactados por la cantidad de argentinos que subían al avión con dos televisores.

Esa irrealidad de consumo e importación destruyó a nuestra industria y terminó con la crisis del 2001. En el '75, Turul había llegado a tener más de cien personas trabajando. En el 2001, no éramos más que veinticuatro.

Turul, hoy

La devaluación de 2002 nos ayudó a ganar competitividad nuevamente. El desarrollo de los últimos años, sumado a una vocación industrialista del gobierno, nos permitió recuperar parte del terreno perdido durante los '90.

Aunque, en los últimos dos años, nuestra competitividad se fue deteriorando por el aumento de los costos en dólares. Cada día, nos resulta más difícil competir con la producción que llega desde China.

Hoy, en nuestras plantas de San Fernando y Carupá tenemos cuarenta personas. El núcleo de nuestro negocio es, como siempre, la matricería para la industria automotriz, aunque seguimos desarrollando otras actividades que fuimos incorporando en nuestro intento por adaptarnos a las distintas crisis que nos tocó atravesar. También fabricamos herramientas especiales de corte, calibres para líneas de producción, distintos tipos de moldes, y otros dispositivos.

Tenemos gente que nos viene acompañando desde hace mucho tiempo. Jamás echamos a nadie, salvo por razones de conducta. Cuando les llega el momento de jubilarse, muchos deciden seguir trabajando con nosotros. Hay empleados que estuvieron cincuenta años en nuestra empresa.

Es que Turul es absolutamente familiar, y se maneja con los códigos y valores propios de una familia. Cuando mi padre falleció, en 1985, yo quedé al frente de la fábrica. De la segunda generación, también está mi hermano Esteban, que se ocupa del diseño de las matrices. Mi esposa Isabel, a quien conocí en el Club Húngaro de Olivos, es contadora y también trabaja en la empresa. Nos casamos en 1981.

Isabel: Empecé trabajar en Turul incluso antes que Eugenio. Ingresé en a la parte administrativa de la empresa en el '71. Volví de un viaje de estudios y tenía muchas ganas de empezar a trabajar. Conocía a Eugenio del club, y fue él quien me comentó que su padre estaba buscando a alguien para la parte contable. Así fue cómo me contrataron y recién un tiempo después comenzamos a salir.

El futuro

Eugenio: En los últimos años, empezó a incorporarse la tercera generación de Turul. Nuestras hijas Liliana, Gabriela y Cristina están en la empresa. También están trabajando con nosotros Gabriel y Matías, los hijos de Esteban.

Cristina: De chiquita ya venía a la fábrica y jugaba a la secretaria. Luego, cuando todavía iba al colegio, empecé a ayudar en Turul. Trabajé acá durante toda mi carrera en la facultad. Hoy, después de recibirme de contadora, estoy en la parte de administración. Mi hermana mayor, Liliana, trabaja en la oficina técnica y Gabriela, la del medio, está en control de calidad.

Eugenio: Me da mucho orgullo que mis hijas se interesen por la empresa familiar y que quieran participar. La vida de fábrica es demandante, pero

genera muchas satisfacciones. Se requiere una cultura de trabajo, constancia y perseverancia para lograr algo valioso en la vida. Mi padre empezó Turul desde cero y la empresa trascendió. Hoy estamos entre las cuatro matricerías más importantes de la Argentina. Con gran esfuerzo hemos seguido adelante, enfrentando cada crisis que el país nos haya puesto en el camino. Por eso, esta es la historia de una necesidad típicamente humana, como es compartir y hacer en conjunto; porque en la vida hay que saber encontrar la felicidad en el logro.